

# La madriguera. Revista de cine (Ediciones de intervención cultural S.L.)

Título:  
Viaje de ida

Autor/es:  
Busquets, Joan

Citar como:  
Busquets, J. (2000). Viaje de ida. La madriguera. (24):72-72.

Documento descargado de:  
<http://hdl.handle.net/10251/41832>

Copyright:  
Reserva de todos los derechos (NO CC)

La inclusión de este artículo en el repositorio se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



## Viaje de ida

### The straight story

David Lynch

EE.UU., 1999

*The Straight Story* narra un episodio real de la vida de Alvin Straight quien, en 1994, decide emprender un viaje desde Iowa hasta Wisconsin, lugares separados por varios centenares de kilómetros, con un tractor para recortar la hierba del jardín. A partir de un artículo en el *New York Times*, Mary Sweeney (productora, guionista y montadora del film) inicia, junto con John Roach (co-guionista), una reconstrucción del trayecto interrogando primero a los fami-



liares, y más tarde a algunos de los testimonios con los que Alvin se cruzó durante el trayecto. Terminado el proyecto, Mary Sweeney, compañera de Lynch, y con quien dirige una productora (*Assymetrical Film*), ofrece a éste el guión con vagas esperanzas de que se interese por el periplo de un individuo del Medio Oeste americano. Afortunadamente, Lynch decide realizarlo y esta historia, sólo aparentemente en las antipodas del universo del cineasta, adquiere sutilmente los rasgos de su creador. Si con *Lost Highway* (1997), Lynch nos dejó inmersos en las penumbras de

una mente trastornada, precipitada sin remedio hacia el abismo de la oscuridad de una carretera perdida, con *The Straight Story* nos muestra el reverso de la moneda, el reencuentro del camino más corto que separa dos puntos en el espacio: la línea recta.

La historia: Alvin (Richard Farnsworth) cae en la cocina de su casa y el médico le aconseja una silla de ruedas. Él prefiere utilizar dos muletas. Por la noche, su hija Rose (Sissy Spacek) le comunica que su hermano mayor ha sufrido también un ataque. El paralelismo entre los dos eventos impulsa a Alvin a "retomar de nuevo la carretera". ¿La razón? Visitar a su hermano, con el cual no se habla desde hace diez años. ¿La intención? Conseguir la reconciliación entre ambos. ¿La prueba? Realizar el viaje con sus propios medios. Alvin no tiene permiso de conducir, apenas puede andar, y éste es el mejor regalo que puede hacerle a su hermano. Curiosamente, este hecho insólito, nada natural, casi un sueño, nos pasa inadvertido, pues estamos completamente inmersos en la lógica determi-

nación de Alvin. Además, la cámara acompaña al personaje, nunca lo precede, compartiendo con él su mirada ("sentado, las cosas se ven mucho mejor"), sus movimientos (cuando Alvin se detiene para ir a recoger su sombrero, el film se detiene con él), y sus peligros (la escena con fondo de unos bomberos entrenándose, y Alvin precipitándose en picado por una pendiente).

He aquí, pues, una *road-movie* que avanza a 20 Km/h, lentamente y en línea recta. La misma rectitud psicológica y mental que define a Alvin, y su inquebrantable voluntad de llegar a su

meta. Varios son los testimonios de esta andadura: una adolescente que hace *auto-stop*, una familia que lo alberga en el jardín, un cura, un antiguo combatiente, como él, de la segunda guerra mundial, un barman. A todos, sin excepción, Alvin cuenta su historia, siempre la misma, de dónde viene, a dónde va, y el porqué de su expedición, como si, de repente, no hubiera otra cosa que contar. Y su remolque adquiere los rasgos de una casa ambulante, una prolongación de su visión sobre la familia, la tierra, la generosidad y los buenos sentimientos (Alvin lleva una silla suplementaria en caso de posibles "visitantes", y la ofrece a todos aquellos que se acercan para hablar con él. ¿Porqué no la ofrece a la adolescente embarazada?). Todo este abanico de bondades, de arraigo a la tierra, y sobrecarga emotiva, podría suponer, en manos de cualquier otro realizador, un elogio de los valores de la América profunda. No obstante, Lynch se concentra en la naturaleza humana de Alvin, en su psicología, en los rasgos fordianos de las estrias marcadas en el rostro de Richard Farnsworth, en la vejez ("lo peor de la vejez es recordar la juventud"), y en el sufrimiento (la magnífica escena del bar, donde Alvin recuerda lo vivido en la guerra). Al final, cuando su hermano Lyle (Harry Dean Stanton) en una silla de ruedas, se da cuenta de cómo Alvin ha llegado hasta él, mirando el tractor delante de su porche, todo está dicho.

Cuando salí de la sala, un hombre comentaba a su mujer: ¿Y cómo coño lo va a hacer para volver a su casa, si el tractor está ya para la chatarra? Le respondí en silencio que, a mi entender, se trataba de un viaje sin billete de vuelta, el último viaje.

**Joan Busquets**